

Josefina Moreno y la botella

Juan Andrés Pérez

Image not found.

Capítulo 1

Como todos los días de verano, Josefina se levantó temprano de su cama, salió sigilosamente para no despertar a sus hermanas, y se dirigió a la playa para conseguir conchas y poder elaborar las artesanías con las que hace trueques en ese lugar apartado de la civilización.

El día todavía estaba frío, aunque había luz el sol no se encontraba a la vista. Las olas con espuma bañaban la playa de arena oscura. "Ha habido una tormenta en algún lado" se dijo Josefina mientras contemplaba la madera que de seguro llegó en la noche anterior con la marea alta.

En su tarea de buscar conchas bonitas y que le gustara a los visitantes, Josefina sintió bajo la planta de su pie algo extraño. Se trataba de una botella pequeña, como jamás había visto antes, pues solo conocía aquellas en las que guardaban los líquidos que se pueden tomar sin enfermarse. Esta era más pequeña, cuadrada, sin tapa rosca, de color amarillento con poco líquido en su interior y un palo blanco sobresaliendo en uno de sus lados.

Estaba perpleja de ver que alguien, en algún lado hubiera hecho algo así, pues no se imaginaba que una botella así sirviera de algo, no sirve para tomar agua fresca y su contenido seguramente no alcanzaba para lavarse las manos. La miraba al mismo tiempo que el ritmo hipnótico de las olas la dejaban en un extraño trance, del cual pudo salir solo porque una ola amenazó con llevarse de nuevo al mar su allazgo.

Josefina es la cuarta de cinco hijos de doña Rufina y Eucebio Moreno, sus hermanas en orden decendiente son Asunción, Amalia, Ángela y Antonia. Ella no solo se diferencia de sus hermanas por su nombre, sino que es la única que aprendió algo en la escuela, es afable con su padre y es la única de sus hermanas que se parece a su progenitor. Algunos sostienen que ello se debe a que es la única hija verdadera de Eucebio, sobre todo porque tiene el mismo buen sentido del humor y sentido común.

La botella tenía unas letras y unos números que no comprendía su significado, la puso con cuidado en el balde con las conchas que recogió aquella mañana.

Una vez en la entrada de su casa, hizo lo posible por entrar igual de silenciosa como había salido. El corazón palpitaba rápido, el oído estaba muy alerta a sus hermanas, pues sabía muy bien que no podía tener algo distinto o bonito porque era seguro que sería robado o destruido de pura

envidia.

"Que de buenas, estas mujeres son bien perezosas y no se han despertado" se dijo mentalmente mientras se escabullía en el cuarto que comparten todas. Ubicó la botella debajo de su colchoneta, pero al ver que por pequeña que fuera era obvio por el tumulto que se veía y, al no tener tiempo para pensar un lugar mejor, lo disimuló colocando la almohada encima.

Lo difícil había pasado, no obstante seguía nerviosa, las manos le temblaban y no le gustaba esa sensación. "Así debe sentirse quien roba por primera vez" reflexionó mientras miraba a sus hermanas profundamente dormidas y el sol se asomaba por la ventana, irradiando su calor. Pronto todos estarán despiertos.

–¡Ay! Josefa, no jodas que te vas a poner a camellar desde temprano, deja dormir, nadie va a querer comprar esas cosas que haces –dijo Ágelica luego de un largo bostezo y de ver a su hermana de píe a su cama, quien por poco y salta del susto y apenas pudo controlar el impulso y replicó –Lo que yo haga no le importa.

Ágelica puso su cara contra su almohada, lo que Josefina interpreto como aceptación de lo que le acababa de responder. Tomó la toalla roja del alambre del patio, estaba seca, la sacudió por agüero sobre su cabeza y se dirigió a unos barriles de metal, los cuales estaban tapados por unas latas oxidadas con grandes piedras para asegurarlas en su lugar.

Luego de quitar una de las tapas tomó una pimpina que su padre le había cortado un segmento donde estaba la boquilla, para llenarla y vaciarla más rápido. Una vez llena de agua entró a lo que es un cubículo de un metro por un metro, hecho de la madera que llega por el mar y procedió a lavarse el cuerpo, especialmente sus trenzas.

Capítulo 2

–Hemos llegado señor, ejte es el lugar.– Dijo el lancharo mientras jalaba su embarcación en la playa.

–¡Oh! en efecto queda lejos como nos habían dicho, pero no esperaba que el mar sea tan agitado.– Replicó su pasajero.

–Thank god we're here– suspiró una de las pasajeras mientras se escurría al bajarse de la lancha y pisar tierra firme. En una mano tomaba una puñado de arena, como si fuera oro lo que acaba de encontrar y, en la otra tomaba agua de una botella plástica.

El lancharo terminó de amarrar su navío en un tronco viejo y aparentemente muy pesado. Descargó el equipaje de los cuatro visitantes que lo contrataron, dos parejas altos y flacos, con caras pálidas y el cabello amarillo como el sol de las tres de la tarde.

–Tienen que caminar po' ahí– dijo el lancharo mientras señalaba un grupo de altas palmeras –no se desvíen y llegarán 'onde Jacinta, ella les puede dar deayuno–.

Desconcertado el visitante que habla español por la dicción de su transportista solo pudo replicar –Gracias amigo–. El lancharo solo le dirigió una sonrisa desdentada.

Con sus gigantes morrales al hombro, las dos parejas tomaron su rumbo entre las palmeras, parando ocasionalmente ante las arcadas que sentía la mujer que por alguna razón continuaba con el puño lleno de arena.

El sol apenas se asomaba en medio del oceano, el viento soplaba constantemente y el calor iba en aumento. Los visitantes al avanzar por la arena pudieron ver una casa alzada en pilotes sobre la arena. Debajo de esta se podían apreciar multitud de huecos en la arena, de seguro eran hechos por la fauna local.

Al final de una rampa, en la entrada del lugar, estaba observandolos una señora con la tez negra como carbón mineral, descalsa, con falda larga de colores que en otróra eran vivos, con blusa olgada y un pañuelo cubriendo su cabeza. –Buenas– dijo mientras sonreía, cruzaba los brazos y se apoyaba de cuerpo en una de las vigas de la entrada.

–Buenos días, ¿usted es usted la señora Jacinta?– contestó amablemente uno de los cuatro, al tiempo que alzaba el brazo y mostrando la planta de la mano.

–Doña Jacinta, para usted y para todos los demás que preguntan– replicó asperamente. –Ustedes son los primeros visitantes de la temporada, de seguro quieren que les dé algo de desayunar–.

–Correcto, ¿nos permite el menú?

–¿Menú?, ¡ya veo!, están virgenes, aquí no hay nada de eso, se les ofrece lo que llegué de los barcos pesqueros.

–O.K., un momento por favor– y el interlocutor de Jacinta miró hacia sus tres compañeros, en una lengua que evidentemente los locales no comprendían tradujo la breve conversación. Pasado un instante de deliberación, el que habla español tomó la vocería –Muy bien, ¿cuánto pide por los cuatro desayunos?–.

–¿Cuánto?, más bien debería preguntarles a ustedes ¿qué ofrecen?, sepan ustedes que ningún dinero tiene valor aquí–.

–Dos cajetillas de cigarrillos, por cierto, mi nombre es Philip–.

–Muy bien don Philip, acepto el trato, sigan y descarguen sus maletas, ellas no irán a ninguna parte–.

Philip entró, descolgó su pertenencias y de su equipaje retiró las dos cajetillas de lucky strike y se las entregó a Jacinta. Ella en gran seriedad las tomó, guardó una en medio de sus pechos y la otra la destapó inmediatamente y se llevó un cigarrillo a la boca, el cual prendió en el fogón de leña de la cocina.

La negra obserbava la punta encendida del cigarrillo mientras retenía el humo en sus pulmones y les dijo a los comensales –estos si son de los buenos– al tiempo que expulsava el humo. –En unos momentos les traigo cuatro platos de mero, de lo mejor de estos lados–.

Capítulo 3

Josefina salía de bañarse y vestirse en el cubiculo del patio de la casa y, al alzar la mirada se dio cuenta que su padre había vuelto de pescar.

–Papí, papí– lo llamaba la niña eufórica.

–Hoola mi niña hermosa– le dijo el padre, quien mostraba una amplia sonrisa y colocaba varios peces en una vieja mesa. –Nos ha ido bien en la pesca, tenemos mero para comer. Por cierto, me enteré que los primeros visitantes pasaron por 'onde Jacinta, en esto llegarán los demás–.

–Que bueno, ya tengo cosas para ofrecer, espero traigan cosas bonitas, como los señores esos del año pasado–.

–¿Y tus hermanas ya se levantaron?–

–No 'eñor, ellas se levantan tarde, como siempre–.

–Estas hijas mías, hasta cuando se parecerán a su mama–

–¡Ay no sé!, pero no les vaya a decir que yo dije que seguían dormidas, ellas son muy malas conmigo–.

–No les hagas caso mi niña, son solo envidia que te tienen, pero son hermanas y se deben querer. Ve y las levantas mientras busco a tu mama pa' que limpie el pescado–.

Capítulo 4

–Viejas perezosas, que se levanten dice papi.– Dijo Josefina, parada en medio del cuarto, con el puño apretado y la quijada rijida en busca de valor para enfrentarse a lo que le pudiera pasar.

–No fregues, esta culicaga'a no deja dormir.– fue la respuesta de Asunción, quien se encontraba menos dormida.

–Ya llegaron los primero, si no se levantan no van a poder cambiar cosas.

–Y para qué queremos eso, entendé de una buena vez que de igual manera al final regalan ropa. Lo que en verdad hace falta es conseguir un marido que me mantenga y me cocine todos los días–. Le contestó con visible mal genio mientras ponía sus pies en el suelo de tierra.

–Pero ellos cuentan cosas de otros lados, traen cosas bonitas que no hay por acá y a veces comidas extrañas, aunque no todas son ricas. Quiero ir de viaje con ellos y conocer otros lugares–.

Josefina estaba tan concentrada escuchando a la mayor de sus hermanas que no se percató de Ángelica quien la tomó de sus trenzas y le dijo al oído –¿Quién te va a quere llevar? Sos una niña fea, no servis pa' na'a, así ni marido vas a tener. Los que te dan cosas no lo hacen porque les guste tu basura de mar, es porque les da pesar y no te quieren seguir viendo la cara–.

Josefina en un intento de safarse de su hermana, quien la sujetaba con bastante fuerza, no pudo evitar que una lágrima se asomara por su ojo izquierdo y luego recorriera su mejilla hasta caer al suelo.

–Soltala, no vaya a ser cosa que vaya a berrearle a mi papá para que nos vuelva a regañar, dejala que se quede aquí sola sin desayunar–. Le dijo Asunción en voz baja a Ángelica, mientras miraba al resto de sus hermanas salir somnolientas del cuarto y con rumbo al comedor.

Ángelica al oír eso la empujó a su cama y dijo –Lo mejor después de dormir hasta tarde es desayunar más–.

"Como quisiera que no existieran, o que me fuera a vivir a otro lado donde no me puedan robar mi desayuno" Pensaba mientras colocaba su carita en la almohada para llorar. No se habpia acordado, pero al sentir el bulto debajo de su cama se acordó de su hallazgo y decidió ser más fuerte que nunca.

Tomó la botella en su mano izquierda y con la derecha limpiaba sus lágrimas, se fijó que nadie la viera salir del cuarto y luego de la casa. En

un costado de la casa tenían una mesa de plástico, una de tres existentes en todo el lugar, que era usada por Josefina para hacer sus manualidades, de donde tomó las que estaban terminadas y se dirigió corriendo al final de un callejón formado por casas como la suya.

Capítulo 5

Jacinta se encontraba frotando sus pies con la arena caliente y fumaba uno de sus cigarrillos nuevos. Esto la dejaba con cara de gran relajación, como si fuera lo único que quisiera hacer el resto de sus días.

No fue mucho el tiempo que sintió ese extásis, pues al exhalar humo por su nariz pudo ver que Josefina se dirigía hacia su lugar con paso ligero. –¡Preparen agua de coco y algo de desayuno!– apremió a su ayudante de cocina y al instante apagó su cigarrillo contra una palmera y se dijo en voz baja –Lo dejo para más tarde– y lo volvió a poner en la cajetilla de donde provino.

–Doña Jacinta–, dijo jadeando Josefina al subir por la rampa del sitio, –Doña Jacinta...–.

–Ya me lo imagino– interrumpió Jacinta, –otra vez las enojaste.–

–Si, pero de nuevo no es mi culpa.–

–Nunca lo es, las buenas para nada de tus hermanas no cambiarán. Les falta sus buenas nalgadas para que se corrijan. Ojalá su mama les diera juguete para que se arreglaran. Pobre de tu papá.– Le contestó a Josefina con los brazos apoyados en sus enormes caderas. –Toma un poco de agua de coco y come pescado, debes estar muerta de hambre. Pero no puedes venir aquí cada vez que no te dejan desyunar, si no te defendes luego va a ser peor.–

Josefina se sentó en una mesa y con apetito canino devoró el pescado con patacones de platano. Era tal su angustía y hambre, que una vez terminado el plato se dio cuenta que no estaba sola en el lugar, pues en otra mesa se encontraban los visitantes que su papá mencionó luego que se bañara.

Tomó sus artesanías y se acercó timidamente a aquellos extraños, –buenas– se esforzó a decir, –¿quieren cambiar?– dijo con timidez.

Una de las mujeres observó a la niña y esbozó una gran sonrisa, mostrando sus dientes blancos y bien alineados. Josefina conocía a otros visitantes con dentadura similar, pero no estaba acostumbrada a ver dientes tan bonitos; talvez por eso, se ponía más nerviosa y le daba pena mostrar los suyos, que pensaba no serían bonitos para mostrarlos a ellos.

La mujer, extendió su mano en forma de saludo, pero Josefina apenas y reaccionaba.

A Josefina le hablaban en una lengua desconocida y no sabía que hacer, sus ojos estaban abiertos cuanto podían estarlo sin doler. La extranjera tomó unas pulseras de concha y mientras decía palabras incomprensibles, él que moviera la cabeza diciendo que sí le daba a entender que haría un truco aquel día.

–¿Qué pides por una?– preguntó el hombre que estaba a la izquierda de la mujer.

–No sé– vaciló Josefina.

–¿Margaret?– preguntó aquel adulto.

–*I know!*– Replicó ella. Tomó una pulsera de su brazo derecho y se la ofreció a la pequeña.

Josefina tomó la pulsera que le ofrecían, era la primera vez que veía una así; estaba compuesta de muchas pepitas de todos los colores, rojo, amarillo, verde, azul, rosado, negro, naranja. El centro era como el sedal que usaba su padre para pescar, pero este se estiraba y volvía a su tamaño original. No sabía que decirle para que la entendiera, así que solo asintió. La transacción había concluído.

Capítulo 6

–¿No tes has levantado mujer? ¿hasta cuándo tengo que aguantar tu araganería?– escucha Rufina en sus sueños.

–¿Ejtoy joñando o ej la vida rial?– murmura, –como que ejtoy joñando–.

–Vé, levántate, no estás soñando, ies tarde! Y habla bien de una buena vez.– le apremia una voz masculina familiar.

–¿Qué pasa?–

–¿Qué qué pasa? ve Rufina haceme el favor y levántate y preparale el desayuno de las niñas y lavá bien el pescado que traje.–

–¡Ah! señor Moreno, por fin llega a mostrar la cara y dar órdenes.–

–¿Y yo qué hice para que me tratés así? Soy tu marido, respetame y obedecé lo que te digo que lo hago para bien.–

–Si fuera para bien me dejarías dormir lo que quisiera.–

–No seas descarada y levántate.–

–Que las niñas se preparen su desayuno si tienen hambre, igual hay comida que sobró de anoche.–

–Mirá Rufina, me voy a bañar y mientras tanto quiero que me obedezcás y cumplas con lo que te acabo de decir– sentencia Eucebio al tiempo que sale rumbo al patio.

Capítulo 7

Con el semblante todavía dormido, Rufina en el tizón de la cocina prepara unos huevos revueltos y fritas unos lomos de pescado en una sartén con el fondo tan negro que parece carbón. Con más de un bostezo ocasional abre la alacena y cuenta los limones que tienen disponibles –uno, dos, tres, cuatro y cinco–, los toma y se dice –con esto basta para limonada–.

Al colocar los frutos en la mesa los parte en dos, los exprime con flojera en una jarra con agua. Finalmente coloca un trozo mediano de panela y se dice –está lista la bebida, si la quieren más dulce que la agiten o se esperen–.

Rufina grita –¡Niñas a desayunar!– y remata con un –¡No me hagan volver a llamarlas!–.

–¡Ya vamos!– es la respuesta estridente, en coro, a su estrepitoso llamado.

Rufina saca los huevos y el pescado del tizón y lo sirve en platos de pasta, tan viejos que sus imágenes y grabados hace mucho que se borraron, con la jarra de bebida en el centro de la mesa. –Si tienen hambre vendrán, yo me quiero acostar– dice entre dientes y camina de regreso a su cama.

Capítulo 8

Antónia se encuentra sola en la mesa del comedor, ante este panorama su padre le pregunta –¿y tus hermanas?

–Ya desayunaron y dejaron los platos apilados y sin lavar.

–Que su mama los lave, yo me cansé de hacer todo por aquí.¿Y Josefina también desayuno?.

–Fue la primera en comer y salió corriendo sin decir nada.

–De seguro fue a ver los primeros visitantes, que niña para tener ánimo.

–Pá, a veces creo que la prefieres a ella que a nosotras o que mi mamá.

–Es cierto que tu mama me pone a veces de mal genio por ser como es, pero a ustedes mis niñas las quiero a todas por igual.

–Pero ella es distinta, cree que todo lo que viene por fuera de aquí es más mejor que lo de acá, se cree mejor que todos.

–¡No digas esas cosas! ieso no es verdad!, cada persona es distinta y les gusta cosas distintas, pero no quiere decir que alguien sea mejor que otra y dudo mucho que ella piense eso de sí misma.

–Pero si la defiendes de todo, ¿cómo quieres que no creamos que la quieres más?

–Porque ustedes la molestan mucho, todo el tiempo. Más bien termina ahí para que pueda lavar esos platos antes de descansar. Por cierto, ¿tus otras hermanas a dónde fueron?

–A caminar por el muelle a ver los pescadores que vuelven de faena, supongo.

–Ya les he dicho que no vayan allá, muchos de ellos simplemente llegan a tomar trago y emborracharse, no me gusta que anden allá.

–No me mires a mi así, o a lo mejor no están allá y fueron a conseguir algo para cambiar con los extraños.

–Más les vale que así sea.